

vida ; aquí tienes dos grandes lecciones , aquí tienes un gran modelo ; aprovéchate de él. Pide á Dios este amor tierno y generoso , y dale pruebas de él guardando sus mandamientos , y complaciéndole con una constante fidelidad : prueba tu piedad con tus obras.

2. La caridad con tus enemigos es un precepto. No basta no quererles mal, es necesario amarlos, es necesario quererles bien. Esas disposiciones de indiferencia para con los que nos ofenden no bastan para cumplir el precepto. Cuidado con este artículo. Haz todos los dias alguna oracion á Dios por ellos , y hazles todo el bien que pudieres , pues la caridad y el amor á tus enemigos debe ser eficaz.

### DIA VEINTE Y SIETE.

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Ninguna cosa puede dar una idea mas alta y mas cabal de la santidad y del mérito extraordinario de san Juan , que el augusto título de discípulo amado de Jesucristo que le da el Evangelio. Ningun elogio fué mas magnifico ni mas verdadero. Era san Juan galileo , hijo del Zebedeo y de Salomé , y hermano menor de Santiago el Mayor , de quienes se habla tantas veces en el Evangelio. Aprendió desde jóven el oficio de pescar con su padre. Ningun apóstol fué llamado tan jóven al apostolado. No tenia sino de veinte y cuatro á veinte y cinco años cuando el Salvador le eligió por su discípulo.

Estaba con su hermano Jacobo en una barca á la orilla del lago de Genezareth , llamado el mar de Tiberiades , trabajando con su padre y su hermano en remendar sus redes , cuando Jesucristo , que acababa

T. 12.

P. 576.



S. JUAN EVANGELISTA.

de llamar á san Pedro y san Andrés, vió á algunos pasos de allí á estos otros dos hermanos san Juan y Santiago, sobre los cuales habia puesto sus ojos para hacerlos sus discipulos favorecidos. Llamólos, como lo habia hecho con los primeros; y su palabra tuvo tanta fuerza, que sin detenerse un momento abandonaron barca y redes, se despidieron de su padre, y siguieron al que los llamaba.

La inocencia de costumbres de san Juan, y particularmente su virginidad, le hicieron bien pronto mas querido de su divino Maestro que todos los otros. San Jerónimo, como tambien la Iglesia en el oficio de este santo, atribuye á su virginidad la predileccion del Salvador, y todos los favores singulares que este santo apóstol recibió con preferencia á los otros. Su inviolable adhesion á Jesucristo, y aquella fidelidad con que le seguia á todas partes, da bastante á conocer que el amor de san Juan á su amado Maestro era reciproco. San Juan amaba á Jesucristo con una extremada ternura, y desde el primer dia que se le juntó no supo perderle de vista. Jesus amaba tambien tiernamente á san Juan; y esta predileccion era tan conocida y tan visible, que él mismo no toma otro titulo ni otro nombre en el Evangelio, que el del discipulo á quien amaba Jesus: *Discipulus quem diligebat Jesus*. Juan fué el confidente de todos sus secretos; y cuando los otros apóstoles querian informarse ó tomar nueva luz sobre algun punto, se encaminaban al amado discipulo. Pero lo que hace ver la virtud eminente de nuestro santo, sus raras prendas y su mérito universalmente aplaudido, es que estos favores particulares y esta tierna amistad del Salvador jamás causaron la menor envidia ni el menor asomo de zelos entre los otros discipulos, aunque á la sazón eran todavia muy imperfectos.

El Salvador, dándole todos los dias nuevas muestras

de su amor, quiso que fuese testigo de todas las acciones mas prodigiosas de su vida mortal. Primeramente se encontró nuestro santo en la curacion de la suegra de san Pedro; poco despues en la resurreccion de la hija de Jayro, presidente de una sinagoga, y en todos los demás prodigios que obró el Salvador. Habiendo sido enviado con su hermano á un pueblo de Samaritanos á buscar alojamiento para su Maestro y para ellos, y no habiendo querido recibirlos los Samaritanos, esta afrenta hecha al Salvador inflamó tanto su zelo, que, encarándose con el Salvador, le dijeron si les permitia hacer bajar fuego del cielo para consumir á aquellos ingratos, como lo hizo Elias en otro tiempo. Pero el Salvador les dijo en tono de reprehension: No sabeis de qué espíritu estais animados cuando hablais de esta suerte: el Hijo del hombre no ha venido para quitar á nadie la vida, sino para dársela á todos. Se cree que fué en esta ocasion cuando el Salvador les impuso el nombre de Boanerges, que quiere decir hijos del trueno, para darles á entender que aquel zelo vengativo y fogoso que habian concebido contra los Samaritanos, no nacia de su espíritu, que es un espíritu de mansedumbre y de misericordia.

La transfiguracion de Jesucristo fué tambien una señal de la predileccion del Hijo de Dios para con san Juan. Quiso el Señor que este amado discipulo fuese testigo de esta prueba sensible de su divinidad, y de la gloria milagrosa y resplandeciente de que todo su cuerpo se vió rodeado, la cual solo era como preludio de la gloria con que debia ser glorificado despues. Queriendo el Salvador celebrar poco despues su última cena la vispera de su pasion, envió á san Juan y á san Pedro á Jerusalem para aprontar cuanto era necesario para esta grande accion, en que debian ejecutarse tantas maravillas.

En esta última cena fué donde Jesucristo quiso dejar

á todos los hombres que habia venido á redimir con el precio de su sangre, una prenda de su amor en la institucion de la adorable Eucaristia. Aquí tambien le dió á san Juan una señal de su ternura y de un cariño particular, haciendo que se pusiera en la mesa junto á sí, y permitiéndole, por un favor muy especial, que reclinara su cabeza sobre su costado. La disposicion de la mesa que estaba en semicírculo, y la de los bancos, daba ocasion al discipulo privilegiado para recibir esta prerogativa, que ciertamente no era sin misterio. Durante este reposo misterioso sobre el pecho del Salvador, dice san Agustin que este discipulo amado bebió en el mismo corazon del Salvador todos los secretos de la religion, y todos aquellos sublimes conocimientos que le han hecho llamar por excelencia el divino teólogo, y que le han hecho asimismo uno de los profetas mas ilustrados.

Habiendo dicho Jesucristo al fin de la cena que uno de sus discipulos le habia de entregar, quedaron todos tan atónitos con esta funesta prediccion, que sobrecogidos de miedo no pudieron hablar una palabra. San Pedro, mas curioso, ó á lo menos mas osado que los otros, hizo señas á san Juan para que preguntase á Jesus quién era aquel de quien hablaba. El amado discipulo preguntó en voz baja al Señor, quién era: Jesus le respondió en el mismo tono, que el traidor era aquel que metia con él la mano en el plato; el cual era Judas Iscariotes, que fué el desventurado que le entregó.

Quiso el Salvador que su amado discipulo, despues de haber sido testigo de su gloria sobre el Tabor, lo fuese tambien de su pasion en el monte Olivete y en el Calvario. Le eligió con san Pedro y Santiago para que le acompañaran al huerto de Gethsemani, y fuesen testigos de su agonía. Pero apenas fué preso Jesucristo por los soldados que el traidor Judas habia conducido,

cuando san Pedro y Santiago, cediendo al temor de que fueron sobrecogidos, echaron á correr y huyeron. San Juan fué el único que no abandonó al Salvador, haciéndole despreciar todos los riesgos el amor tierno que tenia á su Maestro. Pronto á morir con él, lejos de avergonzarse de ser discípulo de aquel que iba á ser condenado tan injustamente á muerte por su doctrina, no le dejó un punto ni por las calles de Jerusalem, ni en los tribunales, ni sobre el Calvario, haciéndole participar su generoso amor á Jesucristo de todas las burlas, de todos los oprobios y de todos los suplicios que tuvo que sufrir el Salvador. Este fiel discípulo fué el único apóstol que siguió á Jesucristo hasta la cruz, donde recibió del Salvador el último testimonio de su amor, el que sobrepujó á todos los otros; porque, estando Jesus para espirar, le hizo heredero de la cosa que mas amaba, que era su Madre, para que fuese respetado en toda la Iglesia como el primero de sus hermanos, y como el primogénito de los hijos adoptivos de la Madre de Dios, la donacion se hizo en dos palabras, que allí mismo obraron su efecto.

El Salvador se encaró primero con su Madre, á la que no llamó sino con el nombre de mujer, porque el nombre tierno de madre no hiciese mayor su dolor. Mujer, le dijo, hé ahí á tu hijo, señalando á san Juan con la lengua y con los ojos, que eran las solas partes del cuerpo de que no se le habia podido quitar el uso. Ese es el que yo substituyo en mi lugar, para que haga contigo todos los oficios de hijo. Luego, echando una ojeada sobre el discípulo, y señalándole en el modo que podia á su Madre, le dijo: Ahí tienes á tu madre: hónrala y sírvela como á tu querida madre. Con estas palabras dió el Salvador á la santísima Virgen un corazon de madre para con san Juan, y á san Juan un corazon de hijo para con la santísima Virgen; y así

desde aquel tiempo este hijo de Maria no quiso que esta Señora tuviese otra casa que la suya, y él tuvo cuidado de mantenerla. ¿Podia el Hijo de Dios distinguir á su amado discípulo de una manera mas honrosa ni mas ventajosa? Este favor único hace decir al beato Pedro Damiano, que ninguno parece ser superior en méritos á aquel que por una gloria y una prerogativa especial fué hecho hermano del Salvador.

San Juan no se apartó de la cruz hasta que Jesucristo espiró. Vió atravesar el costado de Jesucristo con una lanza despues de su muerte, y vió salir de él sangre y agua, como el mismo lo testifica. Seria preciso conocer cuál era la medida del ardiente amor del amado discípulo, para comprender cuán grande fué el dolor y la afliccion que tuvo al ver espirar al Salvador en la cruz, y siendo testigo de lo que padecia su divina Madre en el Calvario. Esto fué lo que hizo decir á san Crisóstomo que san Juan fué mártir mas de una vez: *Multoties martyr est Joannes*. No hay martirio mas doloroso para un corazon que ama, que estar presente al martirio del objeto amado.

No habiendo hallado Maria Magdalena el cuerpo del Salvador en el sepulcro, corrió á decirlo á san Pedro y á san Juan. Entrambos corrieron al sepulcro; pero san Juan llegó antes que san Pedro. Nuestro santo fué asimismo testigo de las apariciones del Salvador despues de su resurreccion: ¿cuál seria el gozo del fiel discípulo, y de qué favores no llenaria Dios su corazon fiel y generoso en estas apariciones! Jesucristo no se daba á conocer desde luego cuando se aparecia á los demás apóstoles; pero no podia ocultarse al amado discípulo. San Juan fué el único que le conoció á la orilla del mar de Tiberiades, y que dijo á san Pedro: El señor es. Como san Juan era el único de todos que fuese virgen, así tambien fué el único que

conoció al divino Esposo; es advertencia de san Jerónimo: *Solus virgo virginem agnoscit.*

San Pedro, que amaba á su divino Maestro mas que los demás apóstoles, hizo particular alianza con san Juan, á quien veía que Jesucristo amaba mas tiernamente; y esta alianza que Jesucristo habia formado entre los dos apóstoles fué cada día mas íntima. Habiendo dicho el Salvador á san Pedro que le siguiera, este apóstol se sorprendió de que Jesucristo no hubiese dicho lo mismo á san Juan; y habiéndose tomado la libertad de preguntar al Salvador qué designios tenia su Majestad sobre su amigo Juan, le respondió el Señor: ¿Qué te importa á ti el saber en lo que ha de venir á parar Juan? Esta respuesta dió motivo á los otros discípulos para creer que Juan no habia de morir; pero Jesucristo les dió á entender que no comprendían el sentido de sus palabras.

Poco despues de la venida del Espíritu Santo, yendo al templo san Pedro y san Juan, curaron á la puerta á un cojo, que desde su nacimiento tenia embarazado el uso y movimiento de sus miembros. El ruido que hizo este milagro dió motivo á que los pusieran en la cárcel, donde fueron examinados; pero su respuesta constante y animosa hizo ver claramente que solo Dios habia podido hacer tan intrépidos y elocuentes á unos pobres pescadores. Durante la persecucion que se siguió á la muerte de san Estéban, los apóstoles que se habian quedado en Jerusalem, noticiosos de los progresos que hacia la fe en la ciudad de Samaria, enviaron al punto allá á san Pedro y á san Juan, los que, imponiendo las manos sobre los nuevos fieles, hacian bajar sobre ellos el Espíritu Santo, confiriéndoles con esta imposicion de las manos el sacramento de la confirmacion. Estos dos grandes apóstoles predicaron la fe en diversos lugares de aquellos alrededores; y habiéndose vuelto á Jeru-

salen, pusieron por obispo de esta ciudad á Santiago el Menor, llamado el Justo. Nuestro santo asistió despues al concilio de Jerusalem, donde pareció, dice san Pablo, como una de las columnas de la Iglesia.

Entre los apóstoles fué san Juan uno de los últimos que dejaron la Judea para ir á llevar el Evangelio á las naciones: fué á predicar á los Partos, á quienes pretende san Agustín haber dirigido su primera carta; pero su departamento fué el Asia menor. Encargado del cuidado del mas precioso depósito que habia en la tierra, que era la Madre de Dios y suya, la condujo á Éfeso cuando todos los fieles fueron expelidos de Jerusalem, y estableció en aquella ciudad su domicilio con grandes ventajas de la religion. San Jerónimo dice que nuestro santo fundó y gobernó todas las iglesias del Asia durante su larga mansion en aquellas provincias. Ningun héroe hizo jamás tantas conquistas. Apenas se dejaba ver, cuando las ciudades y aldeas se rendian á su palabra. Es verdad que los estupendos milagros que obraba en todas partes facilitaban mucho estas conversiones; la mansedumbre sin igual de nuestro santo, aquel aire de modestia y de pureza que resplandecia en su cara, su afabilidad, sus modales corteses cautivaban todos los espíritus, y le ganaban todos los corazones; pero sobre todo, aquella uncion divina que habia bebido en el mismo sagrado corazon de Jesucristo, era tan sensible en sus razonamientos y en todas sus conversaciones, que todo cedia y se rendia á su palabra.

Su vida era tan austera, que dice san Epifanio era imposible llevar mas lejos la austeridad. Convirtió á la fe de Jesucristo casi toda el Asia, donde estableció un gran número de obispos, de los que él mismo era como el pastor y el modelo: *Totas Asia fundavit rexique ecclesias*, dice san Jerónimo. Su ardiente zelo le hizo escribir su Apocalipsis á los obispos de Éfeso.

de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Filadelfia, de Laodicea y de Sardis, á los cuales los llama ángeles por la pureza que debe hacer parte del carácter de un obispo, y por el cuidado que debian tener de los pueblos que la divina Providencia les habia encomendado.

Los cuidados, el respeto y la ternura con que miraba á la Virgen santísima, de quien el mismo Jesucristo le habia hecho hijo adoptivo, le obligaron á estar á su lado todo el tiempo que vivió en carne mortal. Despues de su gloriosa asuncion al cielo, san Juan no puso límites á su zelo; llevó las luces de la fe hasta las extremidades del Oriente. Los Basores pretenden haber recibido la fe de Jesucristo por su ministerio. El emperador Domiciano empezó á perseguir á los cristianos, como lo habia hecho Neron. San Juan, á quien miraban todos como á uno de los mayores héroes del cristianismo, y como el alma de este gran cuerpo, fué uno de los primeros que prendieron y enviaron á Roma. Hemes dado el dia 6 de mayo la historia de su martirio delante de la Puerta Latina. Al salir del aceite hirviendo, en que habia sido metido, fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las del Archipiélago á la parte del Asia: allí fué condenado á las minas, horroroso suplicio para un viejo de mas de noventa años; pero las revelaciones particulares que tuvo y los frecuentes raptos suavizaron mucho sus penas. Allí fué donde por orden de Jesucristo escribió el libro del Apocalipsis, esto es, de las revelaciones, donde no hay palabra, dice san Jerónimo, que no sea un misterio. Pero esto es decir poco de un libro tan apreciable, añade el santo; todo lo que se puede decir de él es menos de lo que merece; no hay en él palabra que no encierre muchos sentidos, ni somos capaces de penetrarlos. Habiendo sido muerto el emperador Domiciano, anuló

su senado todo lo que habia hecho; y Nerva, su sucesor, levantó el destierro á todos los que su antecesor habia desterrado. Así san Juan dejó la isla de Patmos el año 97, despues de un destierro de cerca de diez y ocho meses, y volvió á Éfeso. Como halló que san Timoteo, su primer obispo, habia sido martirizado, se asegura que se vió obligado á tomar á su cuidado esta iglesia, la que gobernó hasta el fin de su vida. Poco despues de su vuelta convirtió á aquel insigne ladron que habia sido su discipulo cuando jóven; pero habiéndose abandonado enteramente á toda maldad durante su ausencia, se habia hecho capitán de una compañía de bandoleros, al cual nuestro santo viejo fué á encontrar, y le habló con tanta uncion y energia, que de ladron famoso vino á ser un insigne penitente que edificó á toda la Iglesia lo restante de sus dias.

En su tiempo Cerinto, Ebion y los Nicolaitas, enemigos mortales de la divinidad de Jesucristo, despedazaban la Iglesia con sus errores, y la hacian gemir con sus blasfemias. Como san Juan era el único de los apóstoles que habia quedado con vida, todas las iglesias de Oriente y Occidente recurrieron á él, y le pidieron les diese armas contra aquellos impíos enemigos del Salvador, sabiendo que ninguno podia estar mas bien informado que él de los misterios de la religion, ni mas lleno del espíritu del cristianismo. Con este motivo, dice san Epifanio, escribió su evangelio; para lo cual, añade el mismo santo doctor, tuvo orden expresa del Espíritu Santo. San Jerónimo dice que no empezó á escribir sino despues de muchas rogativas y ayunos públicos, y que prorumpió en estas primeras palabras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*, al salir de una profunda revelacion y de un éxtasis. Como los otros tres evangelistas habian hablado suficiente-

mente de lo que pertenecía á la humanidad de Jesucristo, san Juan se dedicó á manifestarnos principalmente su divinidad, con el fin de quitar toda la autoridad á los falsos evangelios fabricados por ciertos impostores, y cerrar para siempre la boca á los herejes. Este evangelio, dictado por el Espíritu Santo como todos los otros, ha sido mirado siempre como la mas noble parte de todos los libros sagrados, y como el sello de la palabra de Dios escrita. Los santos padres comparan, y con razon, este evangelista al águila, porque se eleva hasta el trono de Dios, y porque su evangelio encierra tantos misterios, en sentir de san Ambrosio, como sentencias. Nuestro san Juan, dice san Agustin, toma su vuelo como una águila hasta el mas alto cielo, y llega hasta el Padre Eterno cuando dice: *El Verbo era desde el principio, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.*

Además del evangelio y del Apocalipsis, reconoce tambien la Iglesia por de san Juan tres epístolas. La primera, cuyo asunto es la caridad, fué dirigida, segun san Agustin, á los Partos, esto es, á los cristianos hebraizantes que estaban al otro lado del Eufrates. Las otras dos las dirigió á iglesias particulares, las que quizá se comprenden bajo el nombre de *Electæ domine, et natis ejus*: A mi señora Electa y á sus hijos.

Habiendo llegado san Juan á una extrema vejez, y hallándose sin fuerzas por haberlas consumido en los trabajos apostólicos, era llevado por sus discípulos á la iglesia y á la asamblea de los fieles, y como por mucho tiempo todas sus exhortaciones se redujesen á estas breves palabras: Hijos queridos, amaos unos á otros, se enfadaron al fin, dice san Jerónimo, de tanta repetición; y habiéndole dicho que se admiraban de oírle todos los dias una misma cosa, les dió esta admirable respuesta, tan digna del amado discípulo: Os repito todos los dias una misma cosa,

porque es lo que el Señor nos manda con mas particularidad; y si se cumple bien, no es menester mas para ser santos: *Quia præceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.*

Quiso, en fin, el Señor recompensar los largos é inmensos trabajos de su fiel siervo y amado discípulo, sacándole del mundo para colmarle de gloria en el cielo, donde el Salvador mismo y la santísima Virgen habian de darle pruebas muy particulares de su ternura. Murió en Éfeso con la muerte de los santos, de edad de cien años, hácia el año 104 de la era cristiana. El cuerpo del santo apóstol fué enterrado en un campo cerca de la ciudad, donde todavia se conservaban sus reliquias en tiempo del concilio general de Éfeso, celebrado el año 431.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Éfeso, la fiesta de san Juan Evangelista, que, despues de haber escrito el evangelio, despues de haber estado desterrado y escrito el divino Apocalipsis, vivió hasta los tiempos del emperador Trajano, fundó y gobernó las iglesias de toda el Asia. Habiendo llegado hasta la última vejez, murió el año sesenta y ocho despues de la pasión del Señor, y fué sepultado junto á la misma ciudad.

En Alejandria, san Máximo, obispo, á quien su titulo de confesor hizo ilustre y célebre.

En Constantinopla, san Teodoro y san Teófanos su hermano, confesores, quienes, criados desde la infancia en el monasterio de San Sábás, combatieron con energia en lo sucesivo contra Leon el Armenio, en favor del culto de las santas imágenes, y fueron de su orden vareados y enviados á un destierro; pero despues de la muerte del tirano, resistiendo con denuedo al emperador Teófilo que tenia la misma impiedad,

fueron de nuevo saados á azotes, enviados á un destierro, donde Teodoro murió en la cárcel. Mas Teófanés, vuelta la paz á la Iglesia, fué hecho obispo de Nicea, y descansó en dulce paz en el seno del Señor.

En el mismo lugar, santa Nicerafa, virgen, que floreció en santidad bajo el emperador Arcadio.

En la diócesis de Quimper, san Alano, apellidado Courlay, confesor.

Cerca de Aquileya, san Zoilo, presbítero.

En Oriente, san Lida, martirizado bajo Maximino Daza.

En Roma, la venerable Fabiola, elogiada por san Jerónimo.

En Candingham, cerca de Warwick en Escocia san Edano, penitente.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra; ut beati Joannis apostoli tui et evangelistae illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna. Per Dominum nostrum...

Señor, alumbrad benigno á vuestra Iglesia, para que ilustrada con la doctrina del bienaventurado Juan, vuestro apóstol y evangelista, llegue á conseguir los dones eternos. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 15 de la Sabiduría.*

Qui timet Deum, faciet bona: et qui continens est justitiae, apprehendet illam, et obviabit illi quasi mater honorificata. Cibabit illum pane vitae et intellectus, et aqua sapientiae salutaris potabit illum; et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur: et exaltabit illum

El que teme á Dios, obrará bien, y el que sigue la justicia, la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable, y se establecerá en él, y no se doblará; y le sostendrá, y no será con-

apud proximos suos, et in medio Ecclesiae aperiet os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiae et intellectus, et stola gloriae vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine aeterno haereditabit illum Dominus Deus noster.

fundido; le exaltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu y de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tesoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« En este capítulo del Eclesiástico describe el Sabio » la dicha del que teme á Dios, y las grandes ventajas que trae la sabiduría, fundada sobre el temor » de Dios. »

REFLEXIONES.

*El que posee la justicia, poseerá la sabiduría.* Solo los virtuosos son verdaderamente sabios. Solo la sabiduría cristiana es verdadera sabiduría. Sin el mérito y el espíritu de nuestra religion, lo que se llama sabiduría en el mundo no es por lo comun otra cosa que una política estudiada, y muchas veces efecto del natural, del interés, ó de alguna otra pasion. Los sabios del paganismo no eran otra cosa que unos filósofos orgullosos y ridículos, que en muchas ocasiones daban bastantemente á conocer que eran poco sensatos; se distinguian ordinariamente por unas ridiculeces que el pueblo admiraba, y que las gentes de buen juicio miraban con desprecio y con indignacion. Ciertos vislumbres de razon les conciliaban muchas veces los aplausos de un populacho abrutado é insensato. Mírense de cerca estos pretendidos sabios, y se hallarán muy pocos en cuya conducta no se encuentre algun grano de necedad y de mania. La mayor parte solo pensaban cómo dar al público escenas siempre